

Preocupación

Cansada de aburrirse sola, la pequeña María salió de su casa mientras sus padres dormían la siesta.

Cantando se alejó. Quiero jugar. Se alejaba y correteaba alegremente por la vereda de siempre, por la vereda del sol.

Se detuvo en una plaza. Desconocida. Raudamente se dirigió hacia los juegos. A los columpios.

Contenta María jugaba en aquella plaza. Mi plaza. Feliz se sentía María hamacándose en los columpios y deslizándose de los toboganes; es mía.

Pronto arribaron otros niños. Bienvenidos a mi plaza, los recibió María. ¿Vivís por acá? no. Por allá, señaló María; derecho por la vereda soleada.

El tiempo pasaba y la pequeña María se divertía junto a sus nuevos amigos. Observó su vereda; todavía hay sol.

María se sintió desamparada cuando al despedirse sus amigos notó que el sol ya no alumbraba su vereda y no podía regresar a su casa.

Relax

María se recostó en el sofá dispuesta a leer una novela de Hemingway. Por unos instantes se olvidaría de las presiones del trabajo, de los asuntos de su madre, de atender a su marido y a sus niños.

De pocos momentos María disponía para ella misma; ahora me toca a mí. Era su oportunidad de dejar a un lado a los demás; siempre están primero. Es mi oportunidad.

El sol de la tarde le producía sueño; no debo dormirme. Poco a poco la fue invadiendo, provocando como consecuencia grandes esfuerzos por mantenerse atenta. Debo terminarlo.

María resistía. En vano resistía, pues el sueño cada vez más se apoderaba de ella. La incertidumbre de no saber cuando volvería a estar consigo misma hacía que María mantuviera sus ojos abiertos. Debo terminarlo hoy.

María se asombró cuando esa noche su marido le contó las barbaridades que en sueños había dicho de sus familiares.

Informe

Promediaba la mañana cuando su jefe le pidió el informe con urgencia.

Sin pronunciar palabra alguna María se retiró a su oficina. No puedo elaborarlo en un par de horas; requiere tiempo. Quién se cree que es, pensaba María. Si yo fuera jefe de esta repartición, muchas cosas cambiarían.

Mario, su compañero, le proporcionó la información que necesitaba y María comenzó a prepararlo. Debería quejarme; el hecho de ser jefe no le da derecho de abusar de sus empleados. Enseguida llamó a Fráter, encargándole que atendiera a los niños. Debo quedarme hasta tarde. Encima eso. Debo quejarme. Quién se cree que es...

Sorpresivo fue para todos esa noche la noticia de que María había sido despedida por diferencias de opinión.

Sufrimiento

Cansada de caminar, María decidió descansar unos momentos en la plaza. Aún no anochecía. Estaba lejos de casa y por ningún motivo quería regresar, de hecho cada vez se alejaba más. El sólo pensar que volvería a dormir junto al intolerable de siempre le provocaba profundas náuseas, no lo soporto. Más de diez años de cinismo y discusiones habían gravitado en su decisión. Necesito una vida, mi propia vida.

Pensaba. María pensaba una y otra vez en qué sería de su vida y de su futuro, si continuaba caminando en aquella dirección. Aún no sabía cómo había resistido tanto tiempo a su lado. Debo seguir. Me ahoga con su plática, me sofoca con su cuerpo; ya no lo soporto.

Deseaba ser comprendida y amada. Nada más. No sólo dar y dar; merezco algo mejor, alguien que me valore. Es todo lo que quiero.

Triste espectáculo realizó María cuando al volver de medianoche debió dar explicaciones a su marido.

Rutina

El tiempo pasaba y María se aburría leyendo un libro en la cocina. El sólo pensar que desperdiciaría el sábado sólo en leer Sydney Sheldon la ponía de mal humor. Siempre lo mismo. Nunca un programa de fin de semana.

Fráter había salido. Encima eso. Nunca está cuando lo necesito. Encendió el televisor. Nada para ver.

Las horas corrían y María seguía ahí sentada haciendo zapping. Estoy harta del encierro. Ni siquiera estaba triste; sólo angustiada por no poder imaginar en qué ocupar la noche. Siempre lo mismo.

El teléfono sonaba insistentemente. No quiero atender. No cesaba. Quién será.

María se alegró cuando Fráter le llamó diciendo que tenía dos tickets para el espectáculo de teatro.

Soledad

La pequeña María jugaba alegremente con sus muñecos cuando notó algo extraño.

Su madre llamaba a la tía Susana. Ella se quedaría con María mientras ellos estuviesen en la fiesta que sus amigos ofrecían. No. Tía Susana no. Ellos se van a ir y me van a olvidar.

Tía Susana no demoró en llegar. Su presencia nada agradó a María. Ustedes no se van.

María lloraba desesperada, desconsolada, pues creía que la abandonarían para siempre; si ustedes se van no van a volver nunca más. Pacientemente sus padres le explicaron que sólo saldrían por unos momentos, que nunca la abandonarían, que mientras tanto tía Susana le haría compañía.

Esa noche María no durmió. Si bien las palabras de sus padres la habían tranquilizado, no se sentiría conforme hasta verlos nuevamente ¿y si me olvidan? ¿y si cuando lleguen ya no me quieren?

María durmió apaciblemente cuando al regresar sus padres le dieron las buenas noches.

Desarraigo

María llegó temprano a la estación. Ansiosa se dirigió al andén vacío. Chequeó una vez más su boleto de ida. Su asiento reservado. Su destino marcado.

De sólo pensar en lo que hacía se le estremecía el alma.

Si bien María amaba su ciudad, estaba dispuesta a dejarlo todo por él. Sólo por él; para no volverlo a ver nunca más, para no seguir torturándome con un amor que no me corresponde; te amo demasiado.

Había probado ya miles de formas de olvidarlo, pero era inútil. Tantos años de angustia; debo irme.

El tren no llega. Se sentó en una de las bancas y se prendió el abrigo. La gente va llegando. Si me quisieras como yo, vendrías por mí y lo impedirías, pensaba María. Sin quererlo lloró; son para vos, mi amor. Luego cerró sus ojos y continuó llorando en silencio; como siempre.

Inútil fue tratar de despertarla antes de que el expreso partiera.

Paseo

Era ya de tarde cuando María y Fráter salieron juntos ese domingo a dar un paseo por el parque.

Los niños se encontraban en casa de sus abuelos desde el sábado y decidieron que pasar algún tiempo a solas antes de recogerlos no les vendría nada mal.

Caminaban. De la mano caminaban y rememoraban viejas épocas; de cuando éramos novios y me visitabas. ¿Te acordás cómo te odiaba papá? En el rosedal se detuvieron y allí se sentaron muy juntitos y abrazados. Por un momento habían vuelto a ser aquellos jóvenes enamorados de grandes esperanzas y expectativas.

Anocheecía. Supusieron que ya los abuelos debían estar impacientes por su demora. Aún así, lentamente y hablando muy bajito se dirigieron hacia el automóvil.

María se sintió nuevamente reconfortada cuando Fráter aquella noche, después de acostar a los niños le abrazara con ambos brazos de la cintura y luego se fueran a la cama.

Amantes

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando María a hurtadillas llegó a su casa, después de un furtivo encuentro con Mario, su compañero de trabajo. Por unos momentos había olvidado a Fráter y a los niños. El solo hecho de imaginar que no podría seguir viendo a Mario le producía una gran angustia; es tan tierno, pensaba María para sí; ojalá Fráter fuere como él, dijo y en silencio franqueó la verja de entrada a la casa, agachando la cabeza, asumiendo quizás su tan cruda realidad; es tan tierno...

María se sorprendió cuando al acostarse pudo oler en Fráter la fragancia de un perfume femenino.

Recuerdos

María se sentó en los escalones del portal de su casa paterna. Debía pensar en qué hacer con ella ahora que su madre había muerto. Si bien su padre le había autorizado que la vendiera, aún María no estaba convencida. De hacerlo todos los recuerdos morirían, también. Pensaba en su padre. Quedó solo, pobre. De sólo imaginar que el viejo pasaría sus últimos años en un hogar de ancianos se le acongojaba el alma. Pobre. Nunca más va a ser el mismo; no sin ella.

Con cierto resquemor la recorrió; quisiera conservarla. Se detuvo en la chimenea y observó aquellas fotos. Recordó gratos momentos de su infancia y adolescencia vividos junto a ellos. Por eso quiere venderla. Seguir en este lugar sería para él una tortura. Permanentemente la vería en cada rincón; sentiría el constante vacío en la cama cada noche al acostarse. Pobre viejo.

Muy dentro de sí, María sintió que parte de ella también moría al entregar las llaves a los nuevos dueños.

La despedida

Lunes. Era temprano. Silenciosamente se levantó, procurando no despertarla. Estaba nervioso, preocupado. Ella lucía feliz abrazada a su almohada, esbozando quizás una leve sonrisa de placer, hecho que le transmitió algo de paz interior. Luego, sigiloso entró al cuarto de los niños. Parecían dos angelitos sumidos en un apacible sueño

Por desgracia, en algún momento mas o menos, sus fantasías tendrían que finalizar. Eso lo entristecía.

Pensaba. Pensaba y reflexionaba si su decisión era acertada mientras anudaba su corbata. Estaba tenso. Mal hecho el nudo. De nuevo. Le temblaba el pulso. Nunca antes había titubeado en emprender riesgosas empresas, y ahora no se consideraba con suficiente valor para afrontar algo tan simple. Se miró al espejo y pudo observar a un exitoso ejecutivo, sin la menor imperfección en su vestimenta.

Hay que asumirlo, pensó; el día ha llegado, y dejó el sobre blanco sobre la mesa del living.

Despertó a cada uno con el desayuno. María se encargaría mas tarde de llevar a los chicos a la escuela. Ella lo notaba extraño. Por un instante sospechó que había vuelto a ser el mismo intolerable de antes. Aquel de quien estuvo a punto de separarse hace exactamente un año.

Lo veía distante, reservado, sin embargo no dejaba de ser cariñoso.

Sólo tomó un pocillo de café amargo y se despidió besándolos una y otra vez, y tomando su maletín se dirigió hacia su destino. Llevaba como recuerdo aquel último saludo, instantes previos a su partida. desafortunadamente la farsa debía terminar. María casi se desmayó cuando al leer la nota se dio cuenta de que Fráter la había dejado.

Estado

Debí dejar la comodidad de mi casa al ser avisado del problema. María, mi gran amiga se encontraba grave, internada en el hospital, y me apresuré en llegar cuanto antes. No era la primera vez que me daba esta clase de sustos.

Desde el umbral la observé unos instantes, antes de entrar a la fría habitación. Se la veía triste, cansada, harta de las mascarillas y de los tubos de oxígeno. Sólo movió su mano para saludarme. Pobre María.

Efusivo yo, le comentaba lo más relevante de la semana, tratando de esa forma de minimizar su estado. Hice un par de bromas y María levemente sonrió. Obviamente ya no quería más estar allí. Alguien más llegó al rato. Su tía Susana. Mientras le daba noticia de todos los llamados que había recibido, deseándole una feliz mejoría, aproveché la ocasión para salir a fumar. María siempre se caracterizó por dar y dar a los demás. Ahora sería justo que aquellos que recibieron, contrapesaran la balanza. No se merece esto. No se lo merece.

Pidió que la refrescaran con colonia. Susana la complació de inmediato, practicando además, suaves masajes por todo el cuerpo. Desde la otra cama no podía

dejar de mirar aquellos tubos, que se habían convertido en el soporte de su existencia. Ella sufre por eso y yo lo sé. Quisiera poder quitárselos de una vez y para siempre, para que tenga paz y nunca más deba volver a este sucio hospital. Ya es hora.

No soy nadie para disponer de la vida de alguien, ni Dios, ni mucho menos. Es cierto. Y eso es lo que aún hoy me recrimina su familia. Nunca me dejarán en paz, aunque trate de hacerles entender que era lo mejor para María.

Niños

La familia Peralta estaba de mudanza. Padre y madre ayudaban a los empleados de la empresa con las cajas que contenían objetos delicados.

La pequeña María jugaba mientras tanto en aquellos jardines, feliz, contenta como nunca, pues se había librado de la vieja casona del abuelo y de los monstruos que habitaban en ella. Esos mismos que en la noche entraban por su ventana haciendo crujir los antiguos muebles, o las sombras que brotaban del enorme ropero de la abuela y la asustaban, debiendo permanecer María siempre atenta y cuidando que no le hiciera daño aquello que se colaba noche tras noche por la rendija de la puerta y le contaba historias terribles que provocaba como consecuencia frecuentes trastornos nerviosos y emocionales, por los cuales debió ser sometida a tratamiento médico. Incluso durante el día, estando María despierta, creía ver fantasmas en los oscuros y altos pasillos, como también en aquel gran patio de gigantes ligustros y avejentados ciruelos entre los cuales solía jugar a las escondidas con sus amigos.

Por eso los esposos Peralta se deshicieron de ella. Si bien él la había heredado de su padre, ya no podía más conservarla; por su pequeña María.

Diego Guevara

Su madre fue por ella y le enseñó cuál sería su cuarto. Con tranquilidad le explicó que aquellas cosas que le asustaban no estaban en esta casa, que sólo vivían en la casa del abuelo y que nunca más volverían a molestarla.

Esa noche María durmió tranquilamente.

Los demonios que entraron a su habitación no pudieron despertarla.

Cansancio

Exhausta de trabajar llegó María a su casa, a las diez de la noche. Sin fuerzas franqueó la puerta de entrada; estoy tan cansada. Nada deseaba saber María de Fráter y de los niños; sólo un baño y a dormir; estoy tan cansada, desde las siete en esa oficina; no puedo más.

María se alegró cuando al encender la luz del living observó que sus amigos la esperaban para festejar su cumpleaños.

El sapo

Unos días atrás, me crucé con él, creo que no me reconoció; yo por las dudas al percibir su cercanía, me crucé de vereda. No me encontraba en mis mejores días y no deseaba entablar conversación con tan deleznable ser. Me refiero nada menos que mi viejo amigo, el Sapo.

Lo conocí en mi adolescencia, cuando salía con la barrita del barrio a hacer travesuras. No recuerdo si su nombre era Gustavo, Mario o Francisco, ya que entre todos los del grupo lo apodamos: “Sapo”, sin saber en aquel entonces que tal sobrenombre lo marcaría por el resto de su miserable existencia. Tenía una boca inconmensurablemente grande que iba de un lado al otro, interminable.

Se sumó al grupete, lo integramos sin titubeos, pero pronto comenzaron las rispideces. Gustavo, Mario o Francisco, se resistía a ser llamado por su apodo, constantemente, reafirmaba su identidad con su nombre verdadero, nombre que por algún motivo olvidábamos y nuevamente, se imponía el apelativo: Sapo. Por ese motivo, hubo momentos de pugilato entre él y los miembros de la barra, tanto fue así, que tomé la iniciativa y le comuniqué que ya no lo queríamos tener entre nosotros.

Ese fue el peor error que pudimos cometer, pues desde en ese momento en adelante, el Sapo comenzaría a hacer de las suyas de maneras nunca imaginadas por nosotros.

Manuel gustaba de Laura, una chica de la zona. Solíamos pasar frente a su casa cuando ella regaba el jardín. Manuel caminaba más despacio y por momentos se apartaba de nosotros, quizás para individualizarse del resto o quizás para disfrutar el momento de contemplarla. Era una bella muchacha de pelo castaño, ojos marrones y figura contorneada. Entre todos, infundimos a Manuel el valor necesario para encararla, pues pudimos advertir que ella también reparaba en él, disfrazando su interés con indiferencia. Sabíamos que no tenía novio y que Manuel tenía grandes posibilidades de conquistarla.

Una tarde de enero, Manuel consideró que había esperado lo suficiente y que se encontraba en su mejor momento, se sentía confiado y no había ningún motivo para no hablarle. La barra en su totalidad aguardó en la esquina y Manuel caminó resuelto al encuentro. Laura regaba su florido jardín.

Desde aquel lugar veíamos gesticular exageradamente a nuestro amigo y compañero. Se había afirmado a una pared para escucharlo y se encontraba en una

actitud pasiva. Demás está decir que todo el grupo sentía un gran orgullo, pues Manuel sería el primero que lograría tener su primera novia. Lo celebrábamos como una gran victoria. Repentinamente, ella comenzó a gritar y de un momento a otro, entró a la casa y cerró violentamente la puerta.

Manuel, deshecho en lágrimas, se encontraba emocionalmente en ruinas. Cuando estuvo repuesto, nos contó que el Sapo se había adelantado y le había dicho a Laura viles mentiras acerca de que la quería solo de manera lasciva; que sólo quería satisfacer con ella sus deseos carnales. Ese fue el fin de la no relación entre Manuel y Laura. Tiempo después, Manuel me contó que volvió a casa de Laura y aclaró la situación, pero el daño ya estaba hecho.

Todos nosotros nos solidarizamos con el amigo y de inmediato nos asaltó una sombra de duda ¿Habría difamado sólo a Manuel o también a cada uno de los miembros del grupo? Resolvimos averiguarlo.

Efectivamente, nuestra suposición había sido cierta. El Sapo no perdió el tiempo y se encargó de vilipendiar a cada uno de los que lo habíamos marginado. Durante largo rato estuvimos deliberando qué medidas tomar. Resolvimos darle un último escarmiento. Lo esperaríamos ocultos cerca de su casa y lo encararíamos de frente.

El tiempo pasaba, ya era entrada la medianoche y el Sapo aún no aparecía. Habíamos hecho guardia desde las seis de la tarde y estábamos cansados. Ya desmoralizados, habíamos resuelto irnos cuando vimos una silueta maltrecha moverse entre la oscuridad de la noche. Le cerramos el paso, éramos seis contra uno. Una vez más, tomé la delantera y fui el primero en enfrentarlo. El Sapo se veía distinto, no sé porqué, sus ojos eran más saltones que antes y su espalda se había encorvado pronunciadamente. Confieso que su apariencia me dio un poco de miedo. La lengua larga y filosa, cual anfibio, no dejaba de insultarme y nos injuriaba y difamaba a viva voz. Estaba claro que no quería entender razones, sin embargo yo continuaba hablándole, tratando de no perder los estribos. El Sapo se me acercaba despacito, continuando con su verborragia cloacal. En verdad, odio la violencia, pero ese instante en que lo tuve a escasos centímetros, me sentí amenazado y le propiné un duro golpe en la nariz, que casi lo hace caer. Trastabilló, yo me aparté. Había expresado mi punto de vista y ya no tenía más que hacer. Después, el resto de los muchachos se encargó de él, propinándole una inolvidable golpiza.

Desde ese día, nunca más lo volví a ver.

Supe por comentarios de las vecinas en el almacén, que no había cesado con sus chismes y difamaciones, además se había dedicado a robar cosas chicas, como estéeros o reproductores de dvd y que había pasado un tiempo a la sombra...

Me sentí mal.

Me sentí mal y medité hasta qué punto uno puede condicionar a alguien con un calificativo despectivo y desagradable ¿Habría sido una buena persona de no haberlo marginado?, ¿fuimos culpables de su accionar delictivo?

No lo sé, o tal vez no quiero mirar tan profundo en mi interior, puedo llegar a hallar cosas que me desagraden, como un batracio verde y verrugoso, que en el fondo quizás sea.